

LOS OBSTÁCULOS EN LA DEMOCRATIZACIÓN DEL MUNDO ÁRABE

Ben Alí, el padrino

Dos libros acaban de sumarse a los análisis de las revueltas en los países árabes. El de Sami Nair, escrito sobre el terreno, explica por qué se desmoronó el poder mafioso en Túnez; el de Mateo Madrifejos esboza el marco político en el orbe musulmán.

POR ALBERT GARRIDO

Después de leer el libro *La lección tunecina*, del politólogo Sami Nair, y de comprobar que la suerte de la revolución egipcia se dilucida a partes iguales en la calle y en los cuarteles, no queda otra que ver el rumbo que ha fijado la revolución del jazmín como el espejo en el que se mira el mundo árabe para encarar el futuro. «La revolución tunecina ha hecho saltar por los aires el paradigma mental que ha conocido hasta ahora el mundo árabe», escribe Nair, y en esta frase se resume la importancia de unos acontecimientos que han puesto de relieve la madurez política de una sociedad. Algo que, en otros términos, subraya el periodista Mateo Madrifejos en *Las revueltas árabes y el desafío de la democracia*: «La revuelta de Túnez refuta las hipótesis más pesimistas sobre el inmovilismo congénito, aunque es cierto que estuvo mucho más motivada por la carestía de la vida, por el aumento incesante de los precios y del paro, que por las ansias de libertad».

¿Era previsible cuanto sucedió a partir de la inmolación del joven Mohamed Bouazizi? En todo caso, los gobiernos occidentales hicieron oídos sordos a los vaticinios de diplomáticos que, sin tapujos, dieron cuenta de la degradación del régimen de Zine el Abidine ben Alí y de su segunda esposa, Leila Trabelsi. «La mayoría de los países occidentales no se dieron por enterados de la creación de un régimen mafioso, por la sencilla razón de que la prioridad estratégica de Occidente no pasa por la democratización», escribe Nair. Y esta consideración mafiosa del régimen de Ben Alí es su rasgo predominante, una forma de «corrupción característicamente mediterránea», añade Nair.

La gran familia

Es decir, Ben Alí era el gran padrino –secundado en todo por Trabelsi– de una familia ampliada al círculo de incondicionales que organizaron el Estado a través de un poder económico paralelo, ajeno a la ley. «Los miembros de ese clan BAT –de Ben Alí y Trabelsi– que llegó a la cima del poder tenían en el fondo la mentalidad de golfos de barrio, de rufianes de segunda fila, de carteristas»,



Ben Alí y su segunda esposa, Leila Trabelsi, el núcleo del clan que controló todo el poder en Túnez.

Sami Nair: «El clan que llegó a la cima del poder [en Túnez] tenía en el fondo mentalidad de golfos de barrio»

Mateo Madrifejos: «Parece evidente que los islamistas no estuvieron en el origen de la tormenta»

afirma Nair, que recoge el testimonio de cuantos en la burguesía tradicional tunecina consideraron a Ben Alí y los suyos un grupo de *parvenus* con los que había de tratar porque no quedaba más remedio.

Madrifejos lo concreta en una sola frase: «Era notorio que el autócrata tunecino y el clan de su familia, con procedimientos mafiosos, se habían adueñado de gran parte de la economía del país».

¿Por qué las cancillerías occidentales desdeñaron el peligro? Porque con diferente convicción e intensidad, el poder mafioso –también en Egipto y Libia– se presentó como el gran baluarte para contener la marea islamista que hipotéticamente podía llegar hasta las costas del Mediterráneo. Los informes filtrados por Wikileaks descubrieron a unos diplomáticos alarmados por la degeneración de los regímenes autoritarios, pero, como recoge Madrifejos, Europa y Estados Unidos prefirieron aplicar «la funesta doctrina del mal menor». La utilidad de este mal menor es más

que discutible, como se desprende del análisis sociopolítico que Nair hace de las consecuencias que ha tenido en Túnez.

A decir verdad, su mayor utilidad a largo plazo ha sido, paradójicamente, poner en funcionamiento los resortes del descontento popular y la contestación en la calle frente al clan mafioso. ¿Cómo ha sido esto posible? Porque en este pequeño país del Magreb coinciden

la herencia laica de Habib Burguiba, padre de la independencia, la aceptación por parte de la clase media de los valores republicanos propios de la tradición política francesa y, como resultado de todo ello, la casi total igualdad legal entre hombres y mujeres, que ha permitido a estas desempeñar un papel impensable en cualquier otra sociedad de tradición musulmana.

El temor de siempre

Aun así, persisten los recelos y los temores referidos a la preponderancia de la religión sobre otros factores de cambio: en suma, se impone el temor a que el islamismo radical se haga cargo de la situación. «El islam representa la ideología espontánea propia de la cultura popular nacional», escribe Nair. A lo que añade: «La cuestión del laicismo constituye en realidad el nudo gordiano del planteamiento estratégico presente y futuro» de En Nahda, el partido islamista moderado que ganó las elecciones y ha formado Gobierno con otras fuerzas.

Esta es la cuestión. Al final, aquello que más pesa es la desconfianza atávica –justificada o no– ante la faz política de la prédica musulmana. «Parece evidente, sin embargo, que los islamistas no estuvieron en el origen de la tormenta, ni la orientaron, ni la manipularon en ningún momento», subraya Madrifejos. Cosa distinta es que, una vez derrotados los gobernantes mafiosos, los partidos islamistas se sumaran a la fiesta.

La ética republicana

En el ejemplo tunecino, la adhesión de En Nahda al espíritu de la revolución no ha sido a costa de una decantación doctrinal o identitaria de la reforma del Estado. «La ética republicana prevalece por encima de todo», afirma Nair. De momento, los acontecimientos poselectorales le dan la razón.

¿Cabe esperar un resultado similar de la convulsión egipcia? El sangriento camino seguido en la plaza de Tahrir hasta las elecciones de mañana obliga a ser cauteloso, cuando no a albergar toda clase de dudas. Acaso la «edad democrática», en la que Nair sostiene que Túnez ha ingresado, todavía no está al alcance de la mano del movimiento que depuso a Hosni Mubarak. ≡



LA LECCIÓN TUNECINA SAMI NAÏR

Traducción: Javier Palacio.
Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
301 páginas.
20 €.



LAS REVUELTAS ÁRABES Y EL DESAFÍO DEMOCRÁTICO MATEO MADRIFEJOS

Editorial Círculo Rojo.
230 páginas.
18 €.

AP / ALFRED DE MONTESQUIOU